

La Clase Obrera Cumple 100 Años

"El dolor obrero es inmensamente pesado" (M. Aumont, *Femmes en usine*)

El inmenso caudal del dolor obrero disperso en la multimillonaria red de los sufrimientos individuales va abriendo cauce, y rompe a caminar ruidosamente en torrentera incontenible. Del caos de la negra era de la industrialización erumpe una nueva clase social. Esos millones de seres anónimos, bajando en empresas no propias, bajo mando ajeno, han roto las amarras que les vinculaban a un mundo pseudo cristiano, y van sintiendo que un nuevo sentimiento de solidaridad, terriblemente poderoso, los va entrelazando entre sí, en una nueva clase social, en un bloque amasado en el dolor e irrompible. Y nace la **clase social por excelencia**, la primera que despierta en el corazón de sus miembros un incontenible orgullo social y engendra una entrega, y un espíritu de lucha, tiempo ha perdidos. Misteriosa red de infinitos hilos, tejidos en el dolor, que ha dado a luz esa portentosa criatura, ese mundo, nuevo, esa clase aparte, en la que arde un alma de terrible eficacia. (1)

El nacimiento y autoafirmación de esta nueva clase, de la clase obrera, es el **acontecimiento más grandioso del siglo XIX**, y lo que le caracteriza, más aún que la nebulosa de los mil inventos mecánicos. Y se cumple ahora cien años, en este año de 1960, de la aparición de la nueva clase, ya estructurada, eliminada la crisálida. El gran historiador del Movimiento Obrero Eduardo Dolléans nos obliga a hacer pausa y mirar atrás, hacia el gran hecho histórico:

"Desde 1860 hasta nuestros días, la historia obrera, vibrante de vida dolorosa, nos obliga a examen de conciencia. La llama que la animó ha podido vacilar, pero jamás se ha extinguido." (2)

La clase obrera, y el movimiento obrero, que ella ha provocado, sigue constituyendo, en afirmación de Ren-

(1) Hours. *Petite Histoire du mouvement ouvrier*.

(2) Ed. Dolléans. *Histoire du Mouv. Ouvrier*, t. 111, pág. 13.

zo Battistella, el hecho de asociación más importante de los tiempos modernos, y el que da carácter a nuestra época. Representa un sistema de vida, un método de expansión y de evolución de la persona humana tanto y más que en sus exigencias materiales en las morales. El movimiento obrero es la respuesta del hombre, de la persona humana, a la máquina, del angel al monstruo del mecanismo moderno.

Sangre y Hierro.

Lewis Mumford ha caracterizado con certera frase llamándole "período del hierro y de la sangre" este lapso de 80 años que abarca el último tercio del siglo XVII y se extiende a la mitad del XIX. "La matanza (bloodshed) se acompañó a la producción del hierro; esencialmente, todo el período paleotécnico estuvo regido, desde el principio hasta el fin, por un régimen de "sangre y hierro". Su brutal desprecio de la vida sólo fue igualado por el ritual cuasi sacerdotal que desarrolló en la preparación para infligir la muerte". (3) Las páginas negras de las antiguas esclavitudes parecen novelas rosa a la sombría luz de los primeros cincuenta años de esclavitud obrera en la primera fase del moderno capitalismo liberal. William Morris caracteriza a los gigantescos trasatlánticos de la segunda mitad del siglo XIX como las "nuevas catedrales de la era industrial". El buque de vapor, los enormes puentes de hierro, y las colosales torres (rascacielos de Chicago, torre Eiffel) eran las nuevas sinfonías en acero. Sombras humanas, sucias y esqueléticas eran los forjadores: los esclavos del mísero jornal.

Mumford va analizando las diferentes fases de la nueva era industrial. Su primera "señal" es la contaminación de la atmósfera. A la pobreza de aire invadido por los miasmas deletéreos de las grandes chimeneas, se unía la contaminación de las aguas, que pronto se hicieron impropias para beber, y aun para el aseo personal. La suciedad y la miseria eran caldo virulento donde germinaba la muerte en forma de mil enfermedades contagiosas. En este período del nuevo capitalismo sólo contaban como realidades tangibles **el dinero, los capitales, las acciones...** El resto, la naturaleza, el paisaje, la vida humana, la dignidad de la persona... al carecer

(3) L. Mumford. *Tecnics and Civilisation*, pág. 118.

de poder de cambio, en la bolsa, carecían de realidad. Eran algo improductivo.

A esta degradación de la naturaleza se añadió la degradación del trabajador, quien no salió mejor parado que ella. El ser humano era explotado al máximo, y abandonado como la escoria en cuanto no producía lo suficiente. Los pobres se propagaban como "las moscas", llegaban a "su madurez industrial" a los diez o doce años, y morían sin pena ni gloria. El porcentaje de vida del trabajador de industria llegó a ser de veinte años menos que el del artesano de clase media. Es impresionante el estudio que Mumford hace en su capítulo IV de este período que llama paleotécnico, y en el que nace, engendrada en el dolor y en el fango, la clase obrera. "Hasta la religión, dice, ha cesado de ser el "opio del pueblo" para extensos sectores de él. Ciertamente las minas y las fábricas textiles despojaban al hombre de los elementos últimos de la vieja cultura cristiana. Y sería más cercano a la verdad decir que el "opio" había llegado a convertirse en la religión de los pobres". (4)

La nueva clase.

Describamos en rápidas pinceladas la situación de la nueva clase que nace. La desaparición de los gremios y corporaciones medievales entrega a los nuevos trabajadores en manos del patrón voraz, que sólo ve en el trabajo humano una mercancía que puede comprar a bajo precio. El conde inglés de Avenel en su obra, "Historia Económica de la propiedad de los salarios", afirma, tras demostrarlo exhaustivamente, que la "suerte de los caballos es mucho mejor que la de muchos cristianos".

El doctor Villermé en su "Cuadro del estado físico y moral de los obreros empleados en las manufacturas" nos trae datos contemporáneos sobre los salarios hacia el año 1840. El hombre ganaba dos francos al día; uno la mujer; 75 céntimos el niño de más de trece años y 45 cts. el de 8 a 13 años. Hay abundantes datos, sin embargo, que dan salarios aún inferiores. Con menos de 1,50 francos no podía alimentarse un hombre diariamente, excluyendo la carne, plato de lujo en la mesa obrera. "Nuestros obreros, ni siquiera con veinte horas diarias de trabajo pueden alimentar suficiente-

(4) L. Mumford. *Tecnics and Civilisation*, cap. IV., pág. 179.

mente a sus familias, afirma Barbet de la Cámara de comercio de Rouen". La situación era similar en Inglaterra, Bélgica, y demás países industrializados. Para el pago de estos salarios irrisorios el horario de trabajo era brutal. Jornadas de 15 a 20 horas eran frecuentes durante las primeras décadas del siglo XIX. El barón Dupin declara en la sesión del 22 de febrero de 1840 que en ciertas manufacturas se hace trabajar a infelices niños de 8 y 10 años más de 14 horas diarias. Ante tales condiciones de trabajo y exiguos salarios no es raro que los obreros murieran como mosquitos. Sólo en Londres, y ello en 1883, morían de inanición 50.000 tejedores. A lo largo del invierno de 1839-40 hubo en París 140.000 parados, un obrero sobre tres murió de hambre, y el número de niños abandonados se elevó a 130.000.

La explotación del niño y de la mujer en el trabajo llena de negruras inimaginables, si no fueran trozos sangrientos de historia, estas primeras páginas de nuestra moderna era industrial. Montalembert denunciaba en 1840 las atrocidades que había contemplado en Inglaterra, "niños de 7 y 8 años condenados a 15 horas de trabajo, con sus pequeñas piernas encerradas en botas de latón, para forzarles a estar de pie cuando el sueño les vencía".

En muchas fábricas trabajaban los niños desde las tres y media de la mañana hasta las 9 y media de la noche, y además toda la noche, dos veces por semana. Sólo se les podía obligar a trabajar por el terror, y el terrible Billy-roller, una barra de hierro, era la nefasta batuta que dirigía aquella sinfonía del horror. (5).

La explotación de la mujer obrera y la terrible degradación a la que se ve obligada por un ambiente anticristiano y antihumano llegan a límites difíciles de comprender hoy día, a pesar de que la condición obrera femenina deja mucho que desear aún actualmente, y más en los países infradesarrollados. (6)

Si a ésto se añade la vivienda inmundada, la terrible promiscuidad, la mortalidad infantil, las mil plagas físicas y morales, que se precipitan sobre la nueva clase naciente, ¿quién no verá una especial providencia en su supervivencia? Sólo una cuarta parte de los niños sobrevivían, y la vida me-

(5) Dolleans, *Histoire du mouv. ouvrier*, t. 1, págs. 113, y sgs.

(6) *Femmes en usine*, Michele Aumont, París, pes, 1953.

dia de un trabajador era de veintisiete meses comparada con la de veintinueve años de un burgués.

Sólo una providencia especial de Dios sobre los pobres y el heroísmo de la madre obrera, que aún estaba enraizada en su fé cristiana, y solía tener en las primeras décadas del siglo XIX un promedio de 15 hijos, salvaron a la clase obrera de la hecatombe, y la purificaron y prepararon para los grandes destinos que le esperaban.

Pero del horrible fondo de este diluvio una nueva clase ha nacido. "La concentración obrera, monstruosa e inhumana, ha acercado y unido a los trabajadores, y el haber sufrido juntos los ha vinculado. Sus resentimientos individuales se han fundido en un movimiento de reivindicación colectiva. Una nueva clase ha nacido, escribe Dolleans". Una nueva idea, como un nuevo sentimiento, invade a la masa obrera, reconoce Hours. Y se alza el grito primario, subrayado con sangre en barricadas y motines: "Derecho a la vida, derecho a la ciudadanía, derecho al trabajo, derecho a la justicia, derecho a la seguridad, derecho al respeto y a la dignidad humana, etc..." "De aquella inmensa miseria moral y material, escribe un historiador de la clase obrera, brotaba con fuerza una inmensa nostalgia, que paulatinamente se iría precisando en anhelos y reivindicaciones". (Dolleans).

Las ideologías

Luego llegan las ideologías, casi todas nacidas en el campo burgués. Algunas encuentran profundo eco en el mundo obrero, sobre todo en el mediterráneo, porque dan contenido a sus clamores, o se convierten en altoparlantes de sus reivindicaciones. La Iglesia está ausente, tristemente, en aquel torbellino vital, aunque sin ella, sin la siembra cristiana de siglos, jamás hubiera plasmado la clase obrera. No es que perdiera, dice Hours, la Iglesia la clase obrera, en aquel día genésico, sino que ésta se constituyó al margen de la Iglesia. Aunque fue testigo de su gestación, locamente, ésta se hizo sin ella.

La clase obrera nació en la lucha directa. Como terrible catapulta se abrió paso, sangriento, a través de la imponente muralla del más rabioso individualismo liberal. En la acción directa adquiere la clase obrera conciencia de su existencia y de su fuerza. En ella se fueron condensando has-

ta formar una capa de solidez inquebrantable el sinfín de gotas de sangre y sudor que hoy constituyen la unidad y solidaridad obrera. No podemos negar que el marxismo ha sido "el tábano" que acució hasta la exasperación al noble caballo de la clase obrera, pero confundirlos, a tábano y caballo, sería un absurdo. Inglaterra despertó al socialismo, y no precisamente marxista, en 1880, y para entonces la clase obrera tenía allí un siglo de existencia, y más de 50 años de "organización". La ejemplar vida del padre del obrerismo norteamericano Samuel Gompers, muerto en 1924, tras medio siglo de lucha obrera da un mentís a la supuesta identificación del movimiento obrero con el marxismo. Escuchemos su autorizado testimonio:

"Debo decirles a Uds, señores socialistas, que he estudiado su doctrina en sus propios libros; que he observado la obra de su movimiento en el mundo por treinta años; que he estado íntimamente asociado con muchos de Uds. y que conozco lo que Uds. piensan y se proponen Y me encuentro en completo desacuerdo con su filosofía Económicamente carece de firmeza; socialmente es errónea; industrialmente es una imposibilidad". (7)

El movimiento obrero representa en nuestro mundo moderno un sistema de vida, un método de expansión y desarrollo de la persona humana en sus exigencias morales y materiales. Ha opuesto victoriosamente al epicureísmo frío y al utilitarismo brutal del liberalismo económico, la respuesta, mejor exigencia, del bien común. El ha sido el que ha planteado que sólo el mutuo respeto, una mejor distribución de la riqueza, una libertad más conforme a la dignidad de persona humana... son elementos constituyentes de una sociedad bien ordenada. El mundo liberal y egoísta moderno ha tenido que tragarse por presión de la clase obrera el concepto de que la libertad tiene una función de elevación social, que supone respeto de los derechos de los demás, exigencias solidarias del bien común. El movimiento obrero ha planteado al mundo moderno, y se lo ha hecho aceptar el valor de la justicia, no sólo en el campo de las relaciones económicas, sino sobre todo humanas y sociales.

¿En este esperanzador mesianismo que ha insuflado el movimiento obre-

(7) Sobre S. Gompers y el obrerismo en Norteamérica muy útil la obra de H. Faulkner LABOR IN AMERICA, Harper, N.Y.

ro en nuestro mundo moderno no se ve ya el alba próxima de un nuevo humanismo, de una nueva edad media cristiana?

En estos nuevos mundos

Han pasado ya 70 años desde aquel primero de mayo de 1890 que recogió la esperanza del mundo obrero. Tras el caos y la noche triste en que gestó en los anteriores setenta años de opresión, la clase obrera de los viejos países industriales, se ha hecho adulta, fuerte, y ha llegado a constituir la sólida estructura de una nueva civilización más humana y más cristiana. Pero en estos nuevos mundos que abren sus destinos a la historia, los llamados pueblos subdesarrollados, la clase obrera está naciendo, y el dolor de esos rostros hambrientos, desesperados, proyecta su atroz y angustioso interrogante entre las rúbricas fatídicas de las explosiones atómicas. Se está repitiendo el trágico período "paleotécnico", pero la criatura crece mucho más aprisa, y estas nuevas masas, no acunadas por mil años de cristianismo, no quieren oír, y con razón y experiencia, más cantinelas de "li-

bertad", sino que "reclaman seguridad", saciar el hambre, pan y trabajo. Prefieren la seguridad, aun bajo el látigo, a la libertad de morir de hambre... Y empujan, pujan incontenibles, como un huracán. En nuestra misma patria la clase obrera, ahita de bellas palabras, quiere apresurar la marcha. Y pide lo que debe dársele. Si no, lo tomará a la fuerza. Estos cien años de vida obrera nos debèn hacer reflexionar, y actuar. Tienen que hundirse muchas estructuras, basta de apuntalar ruinas. Y si el estado, la economía privada, la Iglesia siguen perorando a un pueblo hambriento, que no puede esperar, la marea lo arrasará todo. Y los que creemos en la providencia de Dios sabemos que tras el caos brillará sobre los "pobres de Dios" el sol de la justicia.

¿Recuerdan la tremenda poesía "El Barco" de un poeta actual? Léanla despacio, se lo ruego. "Sin mesa dónde comer vamos a comer—, dónde nos sentaremos si no tenemos silla?— Si es una broma triste, decídanse, señores,— a terminarla pronto— a hablar en serio ahora.— Después el mar es duro,— y llueve sangre".

Maracaibo, 1 de mayo de 1960.

JUAN MIGUEL GANUZA, S.J.